

pilla una solucion concentrada de potasa cáustica, y volviendo á hacer funcionar el aparato tampoco apareció el cloroformo.

Se tomó luego el hígado de la misma cabra, se redujo á papilla, mezclándole toda la sangre que pudo recogerse de la vena cava abdominal, y se sujetó á los mismos procedimientos que se emplearon respecto del cerebro; pero tampoco pudo descubrirse el menor vestigio de cloroformo.

En todo el curso de estos experimentos químicos, tanto al principio como despues de haber agregado la solucion de potasa cáustica, se veian desprender, al traves de la solucion de nitrato de plata contenida en la probeta con que termina el aparato, vapores que no se volvian mas densos por la aproximacion de una varilla de vidrio mojada en amoniaco, y que daban un olor ligeramente picante, aunque agradable, como de flores. (1)

Dedúcese de los anteriores experimentos, que ni aun obrando sobre una gran cantidad de materia orgánica, cual es la que resulta de operar sobre el cerebro, el hígado y cierta cantidad de sangre de una cabra, puede descubrirse el menor vestigio de hidrato de cloral ni de cloroformo en dichos órganos, y que de consiguiente, cuando el hidrato de cloral produce su accion hipnótica, no es porque obre en sustancia por accion propia, ni porque se descomponga en cloroformo y otros productos, sino que se trasforma, á medida que es absorbido, en otro cuerpo (*proto ó bi-cloruro de fórmula*), el cual, circulando con la sangre, se deposita en los órganos, y produce por la parte que obra sobre el cerebro el notable fenómeno del hipnotismo.

México, Noviembre 24 de 1870.

LUIS HIDALGO CARPIO.

TOCOLOGIA.

Absorcion de la placenta despues de un parto natural á término.

Desde hace muchos años oí contar á varios profesores, entre otros al Sr. Jimenez (D. Miguel), un hecho de absorcion de la placenta despues del parto natural á término que habia sido observado por el Sr. D. Ignacio Torres. El caso llamó vivamente mi atencion por su extrema singularidad: ninguno de los autores que

(1) Para la descripcion del aparato y detalles de los procedimientos empleados, véase mi Memoria publicada este año en la entrega 11ª de esta Gaceta.

han escrito sobre obstetricia han mencionado otro semejante. Esto hizo que me dirigiese al expresado Sr. Torres y al Sr. Vértiz (D. José María), á fin de inquirir los pormenores de un suceso tan extraordinario, y ambos se sirvieron satisfacer mis deseos refiriéndome circunstanciadamente los detalles del hecho en cuestion.

Las personas que intervinieron en él disfrutaban en México de una opinion que no permite dudar de su veracidad, y las noticias que he obtenido de la familia en cuyo seno tuvo lugar el accidente son en extremo favorables para dar pór esta parte, cabida á la perplejidad.

Con tales datos habria podido hacer yo mismo la historia: pero pareciéndome que de derecho tocaba redactarla al Sr. Torres le invité con ese objeto, y hoy tengo el gusto de publicar en nuestra GACETA la carta que mi apreciable maestro y amigo me ha dirigido, lo cual me proporciona asimismo la ocasion de darle un testimonio público de mi aprecio y gratitud.

Para terminar debo decir, que la relacion que he oido hacer de lo sustancial de este hecho al Sr. Vértiz, en nada discrepa de lo que en dicha carta refiere el Sr. Torres.—*Juan María Rodriguez.*

«Sr. D. Juan María Rodriguez.—Casa de V., 1º de Diciembre de 1870.—Amigo y compañero mio:—Cumpro con el deber que me impuse al ofrecer á V. darle la historia de un caso de absorcion de la placenta que hace cosa de veinte años se nos presentó al Sr. Vértiz (D. José María) y á mí.

«Se trataba de una señora joven y de buena salud, para cuya asistencia en el parto fui llamado, pues el médico de la familia era el Sr. Vértiz. Una noche se me solicitó á las nueve, porque la señora tenia dolores. Por el reconocimiento que hice noté que el cuello comenzaba á reblandecerse: así es que, siendo primera, me retiré á descansar un poco, quedándome siempre en la casa por temor de que se verificase el parto.

«Así fué: cerca de las cinco de la mañana los dolores se presentaron con frecuencia é intensidad; alguno de ellos con pujo. Reconocí nuevamente á la paciente y fijé la posicion, que era occípito—iliaca derecha anterior. Dejé, por consiguiente, obrar á la naturaleza, y á la hora y media nació una criatura bastante robusta, con una gran porcion de membrana en la cabeza. Ligué el cordon y entregué la criatura á la partera, aguardando la expulsion de las secundinas. Poca sangre hubo en el parto; uno que otro coágulo pequeño; ningun dolor que indicase la expulsion de las secundinas; el globo uterino se mantenía duro y reducido, por lo que de pronto no me inquieté. Pero pasadas dos horas manifesté al marido de la señora la necesidad de indagar el motivo de la dilacion en la expulsion de la placenta, á lo que accedió.

«Introduje la mano derecha siguiendo el cordon, y me encontré en el centro de

la placenta, que calculé en el fondo del útero; cuando busqué la circunferencia para separarla de este órgano no encontré línea alguna de demarcacion. Confuso con este accidente, que ante las personas vulgares que me rodeaban importaba tanto como no saber hacer la operacion pues que no veian las secundinas, no me aturdí sin embargo; hice algunas tracciones formando una especie de polea con el índice y medio de la mano que operaba tirando del cordon con la izquierda, pero sin resultado. La placenta quedó en su mismo lugar.

«Como la paciente no presentaba accidente alguno, saqué la mano y dije á la familia la necesidad que teniamos de aguardar. Pero toda ella se alarmó, y despues de algun tiempo me propuso una consulta á la que desde luego accedí. El Sr. Vértiz, médico de la familia, y el Sr. Erazo (D. Ignacio), fueron escogidos.

«Les hice la relacion que llevo referida fijando así mi diagnóstico: Detencion de la placenta por adherencias anormales. Indicacion: la expectacion, puesto que ningun accidente nos obligaba á obrar; antes, por el contrario, podriamos ocasionar graves desórdenes si obrando imprudentemente haciamos por separar del útero una placenta que se hallaba tan adherida. La opinion de mis compañeros me fué contraria, temiendo, segun dijeron, lo que podria ocasionar un cuerpo extraño dentro del útero. El Sr. Vértiz dijo que no se trataba de obrar imprudentemente, y por lo mismo que se aguardara otras dos horas para ver si espontáneamente se desprendia la placenta, y si no obrar tratando siempre de desprenderla. El Sr. Erazo propuso que se aguardaran doce horas con el mismo objeto, y despues de ellas se obrase para desprenderla.

«Como ambos señores opinaban del mismo modo, con diferencia del tiempo, y como el Sr. Vértiz era el médico de la familia, fué elegido para que en union mia obráramos en el sentido de la mayoría. Volví á introducir la mano y no pude desprender la placenta; entonces el Sr. Vértiz hizo lo que pudo por extraerla y no pudo lograrlo, haciendo ambos sufrir mucho á la paciente siempre que buscando la circunferencia de la placenta tocábamos el útero: cuando llevaba la mano por el centro no advertia yo gran sufrimiento.

«Despues de esta tentativa, que duró mucho tiempo sin conseguir lo que se queria, registramos los lienzos que yo habia ya visto y no encontramos nada que llamara nuestra atencion. Dejamos descansar á la paciente para volver á otro dia con la misma pretension; pero antes encargamos al marido que ningun lienzo saliera de la recámara sin que nosotros lo viéramos, pues le esplicamos que la placenta podria presentar el aspecto de un coágulo ó salir en forma de detritus, lo que haria variar nuestro juicio. El marido, que era un abogado muy entendido, se penetró de nuestro deseo, y siendo una persona que se interesaba mucho por su señora no volvió á salir de la recámara: inspeccionaba todos los lienzos y despues nos los guardaba sin querer que nadie los tocase. Por lo mismo, tengo tal

seguridad de que nada salió sin que lo viéramos nosotros, como si yo mismo hubiese estado al lado de la enferma. Igual persuasión, en mi concepto, abriga el Sr. Vértiz, pues hemos hablado delante de V. de este caso y sus palabras me han hecho creer lo que llevo dicho.

«En la noche de aquel día reconocimos los lienzos, que solo contenian un líquido sanguinolento, pero no operamos.

«A otro día, despues de ver los lienzos sin encontrar en ellos nada que llamara nuestra atencion, hicimos otras tentativas siguiendo el cordon. Ninguno de los dos obtuvimos lo que deseábamos; hicimos sufrir á la paciente y nos retiramos, recomendando, sin necesidad, al marido, que no saliera lienzo alguno sin que lo viésemos. Y digo *sin necesidad*, porque en este punto no solo era cuidadoso sino escrupulosísimo. En la noche visitamos á la enferma y vimos los lienzos, pero nada particular encontramos.

«Tercer día. Inspeccion de lienzos sucios con los loquios, pero ningun detritus, nada que nos hiciera ni sospechar que la placenta salia ó habia salido. El cordon, aunque ya algo atrofiado, se sostenia sirviéndonos de guía. Nueva introduccion de manos: los mismos sufrimientos: el mismo resultado.

«Cuarto día. Reconocimiento: sufrimiento: el mismo resultado.

«El quinto día nos presentó el marido el cordon, desprendido naturalmente poco tiempo antes de que nosotros llegáramos. Ningun accidente hubo en su desprendimiento: la paciente, que igual á nosotros y al marido estaba pendiente de los acontecimientos, avisó que sentia algo que le salia. Ocurrió el marido y encontró el cordon que nos presentó. Este estaba un poco adelgazado y mojado con el líquido que salia por la vagina. El Sr. Vértiz creyó prudente no mortificar mas á una persona que tanto habia sufrido y que habia necesitado de las súplicas del marido para dejarse operar. Como mi parecer habia sido que no se operase, me dí la enhorabuena de tal resolucion.

«Seguimos viendo á la enferma mañana y noche, pues aguardábamos la placenta despues de algunos dias; pero nada de esto sucedió: los loquios se volvieron mucosos y fueron desapareciendo gradualmente. A los veinte la hicimos bañar, renovando nuestros cuidados en este día, y viendo que la señora estaba perfectamente buena nos retiramos.

«El Sr. Vértiz fué llamado en las diversas enfermedades que siguieron; y como este caso no habia sido creido por algunos, y por otros se aguardaba la expulsion tardía de la placenta, le preguntaba á menudo por una enferma que tanto habia llamado mi atencion. El Sr. Vértiz sucesivamente me fué diciendo que al tiempo oportuno se le presentaron los menstros; que habia vuelto á salir embarazada; que habia tenido un segundo parto; que las secundinas correspondientes habian salido; pero que respecto de las primeras, nada habia que hiciera creer que

habian s
pneumo

«De
sonas co
del úter
mos mé
cado; q
permiti
nando
to era
cordon
mer rec
dera; p
ra dade
con Ma
extrem
fijo el
Si las
de que
con Gr
centa?
citar o
me ala
semeja
se trat
como
«No
los añ
Acade
época,
obstan
visto
gusto

habian salido. Por último, me dijo que en este segundo parto habia tenido una pneumonia de la que falleció.

«De todo lo dicho se infiere, que hubo un especial cuidado por parte de dos personas competentes en la materia para ver si salia ó se quedaba la placenta dentro del útero; que ademas el marido y la paciente eran tan competentes como los mismos médicos, pues que solo se trataba de constar un hecho que se les habia explicado; que el cordon que nos servia de guia y que iba al centro de la placenta me permitió distinguir que no habia sino poca sensibilidad en donde se fijaba, ocasionando mucha cuando me dirigia á buscar su circunferencia, lo que en mi concepto era debido á que entonces tocaba directamente las paredes del útero; que si el cordon permaneció hasta el quinto dia, no obstante los tirones que le dí en el primer reconocimiento, fué porque estaba en la placenta, y en una placenta verdadera; pues si hubiera sido membrana, no habria resistido tanto, y el útero hubiera dado igual sensibilidad que en los demas puntos. Segun esto ¿podemos decir con Mad. Boivin que la placenta se arrojó con las membranas, porque debió ser extremadamente delgada, como en algunos animales? Entonces ¿en qué parte quedó fijo el cordon los cuatro dias que nos condujo á la casa para hacer la operacion? Si las membranas que salieron con el feto hubieran sido la placenta membranosa de que habla Mad. Boivin, hubieran salido con el cordon. ¿No será mejor creer con Guillemot, Naegéle, Velpeau, Stolz y Dubois, que hubo absorcion de la placenta? Ciertamente que este hecho lo prueba de un modo indudable. Podria citar otros hechos que tengo de absorcion de la placenta en caso de aborto, pero me alargaria demasiado, y por otra parte, los autores referidos han citado varios semejantes. Todos estos casos, unidos al que refiero, único en su especie, pues se trataba de *parto natural y á término*, no se desvanecen, pues, con suposiciones como las que ha alegado Mad. Boirin.

«No piense V., amigo mio, que este caso lo he visto con indiferencia. Todos los años lo refiero en mis lecciones de tocología, y hablé de él hace tiempo en la Academia; pero presumo que no llamaria la atencion de los redactores de aquella época, supuesto que no hicieron de él la mas ligera mencion. Creyendo, esto no obstante, que en nuestros archivos debe quedar consignado un hecho que no he visto citado en los autores que tratan de la materia, se lo remite con el mayor gusto su afectísimo compañero y amigo Q. B. S. M.—IGNACIO TORRES.»

